## XXIV

27 Septiembre.

Otra interrupción en mi *Diario:* dos meses de silencio.

¿Por qué?

Los hechos, los acontecimientos me han faltado... No tenía nada interesante que consignar.

¿Es seria esta razón, es sincera esta respuesta? No escribo la historia de un tiempo, ni la historia de los demás. Escribo mi pequeña historia, mi vida, y es evidente que algunas temporadas tiene que ser algo uniforme y monótona. Pero antes, cuando no tenía sucesos que relatar, los reemplazaba con pensamientos: mis impresiones, mis sensaciones del día. ¿No habré experimentado nada, no habré sentido nada desde fines de Junio últi-

mo? No. Entonces, ¿de dónde procede mi silencio, por qué todas esas páginas en blanco?

Me atreveré á confesarlo: me ha faltado valor para hacer examen de conciencia. Temo encontrarme demasiado culpable y hallar que he cometido pecados demasiado graves; no de esos pecados materiales que saltan á la vista, que hacen subir el rubor al rostro, que acongojan el alma y que una desea confesarlos cuanto antes mejor, con la esperanza de calmar el remordimiento, de obtener la absolución; sino pecados de esos otros, latentes, pasivos, por decirlo así, de los cuales no es posible darse cuenta exacta hasta mucho tiempo después de haberlos cometido, cuando la imaginación, que es la verdadera culpable, está menos sobrexcitada.

¡La imaginación! ¿Podía yo impedir que la mía se extraviara durante esos dos meses? Y cuando digo que ella es la única culpable, ¿tengo razón? ¿No debía yo prever que se extraviaría fatalmente y que dejaría yo de ser dueña de evitarlo? Mío era el deber de no lanzarme á una aventura descabellada, de no pensar en una venganza insensata. ¿Se porta así una mujer honrada? ¿Pueden absolverme el objeto que perseguía ó la idea que me guiaba? ¿Justifica el resultado obtenido los medios empleados para alcanzarlo?



Pero si he pecado con el pensamiento, si mi cabeza se ha caldeado en ciertos momentos, si la curiosidad ha sido algunas veces una obsesión, si tal vez el deseo... sí, debo confesarlo... el deseo, durante un segundo, me ha subido al cerebro, mi despertar ha sido inmediato, me he revuelto enseguida contra mí misma. La voluntad se ha impuesto á la imaginación.

¿Habría triunfado esta voluntad en otras condiciones? También debo preguntármelo y contestarme, aunque la pregunta sea indiscreta y la respuesta delicada. Precisaré, sin embargo: si en vez de encontrarme enfrente de una mujer á quien odiaba y de quien deseaba vengarme, hubiera tenido que habérmelas en los mismos sitios y por tanto tiempo con una mujer cualquiera, enloquecida del mismo modo; en una palabra, si Luisa Bauquet, en vez de ser Melinita, hubiera sido Luisa Bauquet nada más, ¿qué hubiese sucedido?

Esta pregunta es absurda y no puedo contestarla. Precisamente el tiempo transcurrido, la vida ociosa y enervante á que me he condenado, son las únicas cosas que hubieran

podido vencer mi voluntad y hacerme rendir, llevarme al envilecimiento, y no me habría yo expuesto jamás á tales peligros. Dicen que la mujer á quien nadie trata de seducir no tiene mérito ninguno en permanecer virtuosa. Error: si no es atacada, es porque todos saben que nada pueden contra ella, es que ha procurado con tiempo ponerse á cubierto de todo peligro, cumpliendo de ese modo su deber elemental de mujer honrada, el cual consiste en huir del enemigo, en no jugar con fuego. No hubiera yo ciertamente jugado ni con la hoguera que encendía á Luisa Bauquet, ni con el que pudiera latir disimuladamente dentro de mí, si mi idea de venganza no hubiera sido una verdadera obsesión.

¿Me he vengado bien? Creo que sí. En todo caso, he procuradohacer le sufrir todos los suplicios que había hecho pasar á mi marido. Le he aplicado la pena del talión en su grado máximo; pero introduciendo naturalmente algunas modificaciones forzosas. Se había atrevido á decirme que el Duque se quedaba á mitad de camino, porque se encontraba demasiado enervado, sin fuerzas para continuarlo. Yo, que tengo mejor opinión de los nervios de las mujeres y que sé que resisten



á la fatiga, no le permitía á ella emprender la caminata.

Cuando comprendía que renunciando al camino derecho procuraría aventurarse por un atajo desconocido, tenía buen cuidado de vigilar á la entrada del sendero. Si alguna vez le ha sido permitido besar los pies de su ídolo, el ídolo se ha ocultado á sus miradas, cuando los besos iban á tomar el camino de los pies á las rodillas.

¿Y se ha satisfecho con esos goces, largo tiempo deseados, raros y tan pequeños? Sí, porque seguía esperando ir más allá, como lo esperaba el Barón de Virmeux. ¿Y por una satisfacción tan pequeña consentía en sacrificar todas las semanas una nueva parte de su fortuna? Sí, lo mismo que el Barón lo había hecho, por terquedad y por miedo á perder lo que ya tenía dado, segura de su victoria decisiva, enloquecida por una serie interminable de derrotas. Además diría siempre para sus adentros: "Cuando venza, mi millón volverá á mí de una sola vez, junto, aumentado por los intereses, tal vez aumentado en una mitad más."

Creía que aquel dinero estaba muy seguro en mi poder, y no podía ni sospechar siquie-

ra que poco á poco iba tomando el camino de Boloña, y que sin duda parte de él se lo había llevado muy lejos ya el hijo de algún náufrago.

Acaso no hiciese todos esos cálculos; tal vez la juzgo con demasiada severidad. Pero esta severidad se me impone, porque, si no la tuviera como una mujer despreciada, llegaría el momento de verme arrastrada, la compadecería y... ¿quién sabe? ¡Parece que me ama tanto, y ese amor está tan desprovisto de todo mal pensamiento! Una amiga, una hermana, á pesar de su cariño, no llegarían jamás á esa absoluta adhesión, á esa inmolación de sí misma. La amistad sola es, pues, impotente para inspirar tales sentimientos. Se necesita que se le una el amor. Entonces, ¿por qué sublevarme contra su amor? ¡Ah! Ahora se ve, ahora se ve adónde iría á parar si soy indulgente, siquiera un momento, si olvido quién es ella y lo que ha hecho, cuando no me ocupo sino de realizar mis planes. Y para tenerlos siempre presentes, para huir el peligro de dejarme enternecer por su adhesión, de creer en su amor desinteresado é inmaterial, materializo ese amor, transformo en sensación el sentimiento, permito que se aumente ese



deseo odioso y contra la naturaleza de las cosas.

La pena del talión, con una variante. Me ha confesado que avivaba los deseos del Barón. ¿Cómo? Con caricias, sin duda. Yo no traspaso los límites de la coquetería, y con esto me basta. Coquetería de todas clases, principalmente del espíritu, puesto que me ha dicho que también me ama por mi talento. ¡Oh! Y lo hago bien: hablo, relato, procuro hacer frases ingeniosas y exponer pensamientos de novedad. Ella podría contestarme, porque tiene, cuando menos, tanto ingenio como yo; pero no, prefiere escucharme. Parece verdaderamente que bebe mis palabras, y en sus ojos leo yo su deseo, que jamás se verá satisfecho, de apurar la copa de la felicidad.

Me adorno y embellezco también para ella, y ella se encarga de esa tarea, para que de ese modo aumente el suplicio. Todos los días un peinado que ella discurre y que hace lentamente, dando muchas peinadas para que los dedos acaricien mis cabellos. Peinados de otra época, de la Edad Media, del siglo XVIII, con todas sus modas extrañas. De Duquesa me convierto en reina; de reina, en emperatriz; luego, de pronto, en simple burguesa ó en

campesina. Ayer me puso las tradicionales arracadas de oro y la cofia blanca rizada de las mujeres del pueblo de Boloña. Decía que de ese modo estaba encantadora, y para comerme. No permití que me comiese, aun cuando veía que se le pasaban muy buenas ganas de hacerlo.

Después del peinado, el vestirme, porque ha entrado en todas sus funciones de doncella mía. No he suprimido ninguna. Paga muy caro, cien mil francos todas las semanas, el gusto de vestirme y desnudarme. Lo hace tal vez demasiado despacio, cuando se trata de ponerme una falda ó de abrocharme el corsé. De activa que era al principio, se ha trocado en despaciosa y contemplativa. Tengo paciencia y me dejo contemplar; pero siempre lee en mis ojos este letrero que se ve en todos los museos: "No se permite tocar los objetos."

No he disminuído el trabajo, antes bien helo aumentado á instancias suyas. Ahora permanece en mi cuartito de baño, en mi templo, mientras me baño. Allí está inmóvil, no ya detrás de mí como había hecho un día, sino á mis pies, al otro lado de la pila de mármol negro. Me mira fijamente, y sospecho que tiene el propósito de aprovecharse en la somnolencia que causa el baño para dormirme del todo, tal vez para magnetizarme é imponerme su voluntad. Yo la desafío, porque su mirada no tiene poder sobre mí. Carece de autoridad; el esclavo no domina á su amo. Yo más bien podría imponerme á ella y dictarle órdenes. Pero ¿para qué, si, sin necesidad del hipnotismo, las cumple todas ciegamente? Hasta las adivina, como antes ó mejor que antes.

BIBLIOTECA DEL ESTADO DE JALISCO



Después de alguna vacilación y de larga resistencia, he acabado por consentir también que vuelva á darme la sábana y á secarme. Procuro, sin embargo, huir del tiempo tempestuoso, de la oscuridad, de la influencia de las flores y de los frascos de esencias, de todo aquello que al principio me adormecía, cuando no desconfiaba de ella. Hoy desconfío, y mucho. Si hace como que se duerme, como hizo cierto día, la despierto bruscamente con palabras duras. Una vez le pegué. ¿No me ha confesado que tuvo la osadía de pegar también al Barón de Virmeux? La pena del talión. Y como el Barón, tampoco ella murmuró: sometida, respetuosa, continuó enjugándome los hombros pacientemente.

Así han pasado estos dos meses, ni más ni menos. Pues bien, he vuelto á leer este exa-

men de conciencia, y ahora comprendo por qué vacilé tanto antès de hacerlo ¡Ah! ¡Qué bien hace una en escribir su historia día por día! ¡Cuánto mejor se da una cuenta de las faltas que ha cometido viéndolas así inscritas en el papel y todas juntas! El pensamiento procuraba atenuarlas, hacerlas muy pequeñas. La escritura les devuelve sus verdaderas proporciones. Aparecen con claridad, tal y como son, sin el disfraz que una les ponía. Sí, era el pretexto de una venganza; creyendo obedecer á su sentimiento, estaba cometiendo acciones villanas, indignas de mí. ¿No es vergonzoso aceptar el dinero de una cortesana, aunque sea para distribuirlo entre los pobres? Ese millón le pertenece, puesto que se lo habían dado. ¿Pensó el Duque acaso en volver á quitárselo? Ciertamente no. ¿Por qué se lo he quitado yo entonces?

Y cuanto á esa otra manera de vengar á mi marido, condenando á los mismos suplicios que él había sufrido, la repruebo, me avergüenzo de ella. ¡No me perdonaré jamás esa falta!... Sobre todo, no incurriré nuevamente en ella; mi venganza quedará inacabada. Haré más: devolveré á esa mujer, no sus títulos al portador y sus valores, puesto que ya



están vendidos y el producto de ellos ha sido repartido, pero le devolveré una suma igual á la que me ha entregado.

Bien. Pero hoy, después de todo este tiempo que ha pasado conmigo, de esa larga intimidad enervante que no ha hecho más que aumentar su locura, ¿cómo decidirla á marcharse? Porque no puede permanecer aquí, ¿no es verdad? Es imposible, es imposible. ¡Cuántos ruegos va á dirigirme! ¡Qué desesperación!... No quiero presenciarla... Tendré que encargar de despedirla á otra persona... Es demasiado duro; además, me buscará, me suplicará... Si le escribiese... No, no puedo comprometerme tanto... No tengo más que un medio: marcharme inmediatamente sin que ella lo sepa, sin decir adónde voy... ¿No descubrirá mi retiro?... ¿Qué hacer? Voy á reflexionar lejos de ella.